

LOS INDOCUMENTADOS

NOTA DE LA REDACCION:

Este DOCUMENTO fue publicado por la Revista SIC en el N° 342, febrero—1972 juntamente con otros aspectos hoy menos interesantes por la distancia de los acontecimientos. Dada la actualidad problemática de los "Indocumentados" y su necesaria consideración para obtener una visión global del Zulia, hemos creído oportuno e insoslayable incluir este aspecto que completa y explica muchos conflictos socio-económicos de Maracaibo y su Estado.

Norman Gall

COLOMBIANOS

EL DIEZ POR CIENTO DE LA POBLACION

Los caminos verdes conducen a muchos lugares en Venezuela. Llevan a las plantaciones bananeras en la costa sur del Lago de Maracaibo, a las haciendas ganaderas del Distrito Perijá entre el Lago y la Sierra de los Motilones, a los prostíbulos de las ciudades petroleras y a los establecimientos colocados junto a las carreteras de los barrios de Maracaibo y Caracas, a las fincas de café del Táchira, a los asentamientos de la reforma agraria y a las grandes reservas forestales nacionales de Venezuela para tratar la madera y desbro-

zar la tierra, al trabajo como jardineros y choferes y empleadas domésticas en las casas de los líderes políticos y de los hombres de negocios de la mayor parte de las grandes ciudades de Venezuela.

Por razón de la naturaleza clandestina de estas migraciones, las estadísticas oficiales no son fidedignas y las estimaciones están sujetas a amplios márgenes de error. A pesar de todo, parece suficientemente claro que estas migraciones, juntamente con otros factores, están causando en la actualidad graves problemas políti-

cos y económicos entre los dos países.

En una extraordinaria serie de reportajes publicados en 1969 a propósito de estas migraciones, Germán Carías, del periódico caraqueño "El Nacional", escribió que a lo largo de los caminos verdes "los peregrinos de las trochas llevaban sombreros de paja, camisas y pantalones llenos de tierra, mugrientas abarcas, especie de sandalias con suela de goma, raídas y desgastadas. Sobre la hierba reseca estaba regado su misero equipaje; una maleta de

EN EL ZULIA

cartón, un maletín inservible con el nombre de Bucaramanga, cuatro sacos de tela, dos bolsas de papel y seis cinchorros".

Cuando Carías entrevistó a siete indocumentados que se disponían a entrar en Venezuela por los caminos-verdes, uno de ellos le dijo: "En Momil (su hogar) se está pasando mucha hambre. Allí sólo pagan diez pesos diarios en las haciendas, sin comida. Aquí hay chance para ganarse siete bolívares y los tres golpes (tres comidas)"

En una hacienda ganadera del rico distrito lechero de Perijá, un joven indocumentado me dijo hace unas semanas: "Esta vez he entrado por Cúcuta. Tomé un bus en Rioacha hacia las montañas de Cúcuta porque iba con algunos paisanos que habían entrado por este camino con anterioridad. Ellos conocían los senderos y no había problema. Hay que atravesar un río y el hombre que presta su canoa cobra diez pesos por este servicio. Después se toma otro sendero para evitar el puesto de la

Guardia Nacional, porque si te agarran te hacen prisionero o te cobran 20 ó 30 bolívares para dejarte pasar. No me atrevo a dejar esta hacienda por la noche para ir a la ciudad a tomar unos tragos porque si me agarran me ponen en la cárcel aunque no haya hecho nada. En el mes de enero hubo una redada en Maracaibo. Yo oí esto en el radio".

La estimación que se da comúnmente por parte de funcionarios venezolanos cifra en unos 500.000 el número de colombianos que han entrado en Venezuela ilegalmente durante los años 1960, y estos colombianos, con sus hijos, podrían sumar cerca del 10% de la población total de Venezuela. Cuando se considera que unos 300.000 europeos ingresaron legalmente a Venezuela entre 1950 y 1961², puede calcularse que los inmigrantes y sus familias pueden llegar a constituir casi el 20% de la población total de Venezuela. Hasta que el conflicto del Golfo de Venezuela empañó las relaciones entre los dos países en 1970, los colombia-

nos habían entrado a Venezuela en grandes cantidades con tarjetas de turismo y pases de frontera para permanecer ilegalmente como residentes.

El mismo tipo de turismo era practicado por los colombianos que ingresaban en EE.UU. después que el Congreso redujo bruscamente en 1965 la inmigración del hemisferio occidental hacia los EE.UU. En los años de 1966 y 1967, el número de colombianos que entraron en los EE.UU. con tarjetas de turismo subió de 25.489 a 69.943 y la mayor parte permaneció en el país ilegalmente³. Recientemente, el "New York Times" señalaba con considerable alarma que unos dos millones de extranjeros residían ilegalmente en los EE.UU. después de haber entrado con visas de turismo o de estudiante.⁴ Si EE.UU. tuviese un problema proporcional al que Venezuela tiene con los indocumentados, habría 20 millones en lugar de 2 millones de extranjeros que residirían ilegalmente en los EE.UU.



LA MAYOR MIGRACION HUMANA DE SUDAMERICA

En una conferencia de prensa, el gobernador del Estado Zulia, Elio Suárez Romero, estimaba que

vivían en Maracaibo unos 200.000 colombianos indocumentados, aproximadamente un tercio de la po-

blación de la ciudad, y otros 100.000 en el resto del Estado. "La cuestión de esta gran población del ve-

cino país tiene un primer problema de tipo médico-asistencial y se observa en la atención que recibe en los hospitales y la maternidad un crecido número de colombianos, disminuyéndoseles las posibilidades de asistencia a los venezolanos", y añadió que los colombianos eran los principales organizadores de las invasiones numerosas de los habitantes de los nacientes barrios que rodean a Maracaibo.⁵

Como réplica, el cónsul colombiano en Maracaibo, Oscar Echeverría Mejías, declaró a los periodistas el día siguiente que "el mismo hecho de que existan 200.000 colombianos en Maracaibo, según se afirma, indica que se trata de un conglomerado humano en su enorme mayoría vinculado a la economía zuliana, cuya expulsión sería una verdadera obra de romanos y causaría incalculables traumatismos de todo orden... Fue tan violenta la expulsión que muchos fueron llevados a la frontera en paños menores. Algunos de ellos dejaron abandonados sus hijos en el barrio 24 de Julio, donde se produjo la operación policial que provocó la extradición. Los más afortunados los llevaron con sus hijos, pero sin pertenencias y ropas... Ninguno tiene interés en quedarse en Colombia, porque es en Maracaibo donde tienen intereses que las autoridades no les han permitido rescatar".⁶

Sin embargo, el Presidente Rafael Caldera explicó el problema en un panorama mucho más amplio en su rueda de prensa una semana más tarde:

"Centenares de miles de colombianos que habitan, moran, trabajan en Venezuela —la mayoría de ellos sin haber llenado los requisitos legales para ingresar a nuestro país, sino con violación de nuestro ordenamiento jurídico— son el mejor testimonio ante el mundo de la cordialidad, de la fraternidad, del espíritu sincero y fraterno con que los venezolanos siempre nos hemos comportado ante ellos... A nadie se le ha ocurrido la idea —aun cuando jurídicamente sería inobjetable— de deportar a esos centenares de miles de colombianos

"Pero el influjo de quienes pretenden ingresar ilegalmente ha sido hasta ahora incontenible. Si del año 60 al 70 se calcula en varios centenares de miles el número de los inmigrantes ilegales, conocidos con la denominación común de indocumentados, ello indica que han venido docenas de mi-



les por año; y cuando se habla de hacer regresar a 70, a 100, a 200 de los que quieren continuar penetrando, se pretende presentar a Venezuela como si estuviera cometiendo hechos inhumanos... Pero esa es gente que viene de muy lejos, del Pacífico, de la frontera con el Ecuador; gente que ha hecho largos viajes y que viene a crear un problema en Colombia, como lo pueden crear en Maicao, donde pueden devolverse algunos cuantos inmigrantes ilícitos y con ello lo que hace es conmocionarse inadecuadamente la opinión.

El flujo de indocumentados colombianos hacia Venezuela parece presentarse como la mayor migración humana en la historia de Sudamérica. Los problemas de crecimiento urbano que afectan actualmente a Maracaibo se originan principalmente por la llegada de grandes contingentes de colombianos.

Los indocumentados colombianos parecen ser la única reserva de fuerza de trabajo para algunos oficios: peones agrícolas, empleadas domésticas, albañiles, carpinteros, etc. Un conocido miembro del Congreso que posee una plantación de cambur en la costa sur del Lago de Maracaibo me dijo que los agricultores de la localidad se encuentran en una desesperada situación de falta de mano de obra cuando los braceros colombianos abandonan la hacienda; los dueños ordinariamente envían a alguien al otro lado de la frontera para reclutar mano de obra barata. Esta escasez de trabajadores ha creado una actitud tolerante hacia los indocumentados por parte de las autoridades venezolanas, algunas de las cuales parece estar envueltas en diferentes clases de tráfico ilegal entre ambos países.

Mientras tanto, las enormes diferencias en nivel de ingresos entre los dos países está atrayendo más y más inmigrantes a Venezuela. A este respecto, es muy significativo el comparar lo que ganan los residentes de barrios en Maracaibo y en Barranquilla, el principal puerto de Colombia en el Caribe, que funciona económicamente en forma muy parecida a la de Maracaibo antes de comenzar la producción petrolera. Según una reciente encuesta de MERCABI '70 sobre el mercado de la vivienda en Maracaibo, el 31,9% de las familias que viven en barrios advenedizos ganan menos de Bs. 500 al

mes y son, por tanto, no elegibles para viviendas públicas, mientras el 39,2% de los habitantes de ranchos perciben entre 500 y 1.000 bolívares mensuales. En Barranquilla, según un estudio no publicado

acerca del barrio advenedizo del Carrizal (población, 63.580), realizado en 1970 por la Comisión Departamental de Planificación, el promedio de ingreso por familia era de 676 pesos, aproximadamente 136 bolívares al cambio actual

de cinco a uno. Esto significa que el promedio de ingreso familiar en los barrios de Maracaibo es cuatro a cinco veces mayor que en áreas comparables de Barranquilla.

RESENTIMIENTOS Y SUSPICACIAS

En los dos últimos años un nuevo resentimiento y suspicacia se ha difundido en las relaciones entre Venezuela y Colombia a causa de las proporciones alcanzadas por las migraciones ilegales y por la disputa territorial sobre el Golfo de Venezuela. Algunos periódicos venezolanos, y especialmente la Cadena Capriles, han difundido la acusación de que los campesinos colombianos que forman comunidades en suelo venezolano son reservistas del ejército colombiano y han sido financiados por INCORA, la agencia colombiana para la reforma agraria. Durante 1970 y los primeros meses de 1971 se han producido movilizaciones de tropas en ambas partes de la frontera y las fuerzas armadas de los dos países se han apresurado a adquirir nuevos equipos en el extranjero. En su mensaje a la legislatura del Estado al comienzo de este año, el Gobernador Suárez Romero, del Zulia, hablaba de "la acción negativa de la inmigración colombiana" a causa de "la explotación anárquica y desordenada por colombianos de los recursos naturales venezolanos". Daba tres ejemplos:

a) En la zona del río Guasare, en el distrito Mara, que limita con la región colombiana de Valledupar, hay un programa de explotación forestal en territorio venezolano, estimulado por el gobierno colombiano, que financia a los colonos y que construye carreteras de penetración para transportar la producción. El Directorio de Obras Hidráulicas y el Instituto Agrario Nacional poseen información de esto.

b) En el lago de Maracaibo unos 5.000 colombianos se dedican a la pesca. Algunos de estos pescadores llegan al lago a través del Golfo de Venezuela y otros por los ríos del sur del lago y desplazan progresivamente a los pescadores nativos.

c) En el distrito Perijá, a lo largo de la carretera Machiques-Colón, ha aparecido un movimiento de colombianos que se asientan en las nuevas tierras abiertas para la explotación agrícola por la nueva carretera.

La más difundida de estas penetraciones ocurrió en el rico valle de Guasare, separado del territorio colombiano por una hilera de altas montañas. El 9 de marzo de 1970, el periódico "Panorama", de Maracaibo, informaba que "las zonas más fértiles del distrito Colón a lo largo de la frontera colombiana

son ocupadas en vastas áreas por indocumentados colombianos.

De estas invasiones han emergido poblaciones con comercio muy activo como Tres Bocas, a las orillas del río Tara, en territorio venezolano, y otros pequeños caseríos, gobernados por autoridades colombianas".

Mucho más adentro del territorio venezolano, unos 50.000 conuqueros colombianos habían despojado una gran zona de reserva forestal en los Estados Barinas y Apure. En el Alto Guasare se descubrió en territorio venezolano un caserío con 108 familias colombianas y una escuela con un maestro colombiano. Un destacamento de la Guardia Nacional venezolana se asentó allí y el maestro colombiano fue sustituido por un maestro venezolano. Pero los campesinos colombianos pudieron permanecer dado que la región venezolana se encontraba tan despoblada y parece que no se contaba con campesinos venezolanos que pudieran ser enviados.



El gobierno venezolano ha iniciado un programa de emergencia para fomentar una infraestructura económica a lo largo de sus fronteras, pero parece afrontar una tarea difícil el encontrar venezolanos dispuestos a ocupar estos remotos parajes. Mientras tanto, la mayor parte de las haciendas venezolanas de café, ganado y cambur, situadas en la parte occidental, dependen cada vez más de los indocumentados colombianos como fuente básica de mano de obra para las labores agrícolas. Esto es especialmente verificable en las plantaciones de cambur y en las ganaderías del sur y el oeste del Lago de Maracaibo; la mayor parte de esta tierra fue preparada por los indocumentados colombianos en los últimos años de la década del 50, después de la inauguración de la carretera en esta zona.

EL PROCESO MIGRATORIO

Un abogado venezolano que me acompañó para entrevistar a los indocumentados en una finca lechera del Valle de Perijá explicaba el proceso migratorio de la siguiente forma:

"Hubo un momento en el que llegó a Perijá mucha gente procedente de la costa atlántica de Colombia. Pero ahora muchos llegan de los departamentos sureños de Colombia, de Tolima y aun de Pasto. Muchos tienen 17 y 18 años y no disponen de ninguna oportunidad en Colombia, con frecuencia acompañados de muchachas de 15 y 16 años, a veces embarazadas y a veces con niños pequeños, pero no están casados. También hay pequeños comerciantes llamados maleteros que explotan a los peones colombianos, paisanos que venden a los peones ron y mercancías baratas traídas de Colombia de contrabando; los maleteros llegan a las haciendas en grupos de cinco o seis y son alimentados por los peones a la vez que comercian con ellos un género que es caro en Venezuela. También llegan mujeres a las haciendas juntamente con los hombres: los varones trabajan en el campo y las mujeres permanecen en casa y cocinan para los peones.

"Las cosas han cambiado mucho aquí desde 1956, cuando esto era una zona de nueva exploración y explotación. Ahora en Perijá hay electricidad y otros adelantos, de

suerte que la vida resulta más llevadera, pero ahora existe una inmigración mucho mayor hacia la región del cambur en el sur del Lago de Maracaibo. Mientras permanece en las haciendas, la Guardia Nacional les tolera y los sábados y domingos se puede ver cantidad de colombianos en las calles de los pueblos como en Guayabo, Encontrados y Santa Bárbara. Pero si la Guardia Nacional encuentra colombianos en las ciudades durante la semana, son arrestados. Los hacendados hacen amistad con los guardias nacionales y con frecuencia el dinero cambia las actitudes. Con frecuencia hay pequeños destacamentos de la Guardia Nacional en los que un sargento con mal carácter comete abusos. Se ha dado el caso de que algún hacendado que debía varios meses de salario a un peón le ha denunciado a la Guardia Nacional como indocumentado y le han expulsado del país. Esto ha llevado a una serie de incidentes sangrientos de venganza por parte de los indocumentados; pero generalmente los colombianos conviven con los suyos y cuando pelean lo hacen entre sí.

"En 1959, cuando se firmó un pacto de fronteras entre Venezuela y Colombia para que se permitiese libre tránsito en las zonas fronterizas, se decía que Venezuela facilitaba los hospitales y Colombia los pacientes, y esto es la verdad. Los servicios médicos de Colombia son muy deficientes porque todo lo que tiene son instituciones

religiosas y de caridad sin ayuda gubernamental. La gente que necesita de intervención quirúrgica con urgencia lo logra de forma gratuita en el hospital universitario de Maracaibo, que a veces tiene el 60% de sus camas ocupadas por colombianos. Cuando están enfermos, nadie les pregunta su nacionalidad. Los colombianos que están gravemente enfermos o heridos pasan por los puestos de control venezolanos en la frontera sin ser molestados.

"En Perijá y otras zonas existen colombianos que han tenido buena suerte y se han hecho ricos y tienen haciendas, pero sus haciendas han sido invadidas por otros colombianos. Hay algunas haciendas venezolanas en las que tanto los capataces como los colonos son colombianos y ha habido encuentros sangrientos entre ellos. Lo que en la prensa colombiana se define como ciudades colombianas, en Venezuela son realmente caseríos. Por ejemplo, el caso de Calle Larga, que es en un 60 ó 70% población colombiana. Los sábados y domingos únicamente se ven en la calle colombianos, porque llegan allí en los fines de semana para tomar. No viven en el pueblo de Calle Larga, pero las haciendas cercanas tienen cada una 20, 30 ó 40 peones colombianos. Por esta razón, los domingos parecen ciudades colombianas, pero la mayor parte de los negocios pertenecen a venezolanos, aunque también hay propietarios colombianos.



"También se da el caso de muchos colombianos que ocupan parcelas de tierra en la reforma agraria venezolana, pero viven con muy pocos fondos. Estas parcelas fueron dadas por el IAN. Sus créditos son insuficientes y si falla la cosecha dan por perdido el dinero que deben al Banco Agrícola. Lo que en-

tonces sucede es que transfieren su parcela de tierra a alguna otra persona o simplemente la abandonan. Con frecuencia su parcela de la reforma agraria es recibida por un agricultor italiano que la hace rendir, recogiendo una parcela de aquí y otra de allá hasta formar una hacienda. El italiano tiene una

tradicción agrícola, mientras no la tienen ni el campesino colombiano ni el venezolano; todo lo que éstos pueden cosechar es plátanos, yuca y papas, en tanto que el italiano cosecha uvas en la misma tierra y tomates para el mercado de Caracas en el tiempo en que no abundan".

MANO DE OBRA BARATA

Como es corriente en la mayoría de las migraciones de gente de una región pobre hacia otra rica, el papel del colombiano indocumentado ha sido realizar la clase de trabajos que ya no atrae a los venezolanos, y por la mitad o tercera parte de la paga que los venezolanos ganarían en el mismo trabajo. Los empleadores venezolanos, tanto en la ciudad como en el campo, tienen, por tanto, un doble propósito: mantener elevada la oferta de trabajadores colombianos en Venezuela y mantener su estado ilegal de indocumentados, para limitar al mismo tiempo la movilidad de los colombianos dentro de Venezuela y asimismo el nivel de los salarios que los patronos puedan manejar.

Tanto los hacendados venezolanos como las amas de casa han aprendido que, una vez que sus indocumentados colombianos, jornaleros o empleadas de servicio, legalizan su situación obteniendo la cédula de identidad, demandan inmediatamente un salario más alto o se van a buscar un empleo mejor retribuido. Habiendo tantos colombianos ansiosos de entrar a Venezuela y legalizar su situación, y tan-

tos empleados igualmente indocumentados, el lucrativo negocio de conceder documentos reales o falsos se ha hecho una tentación para funcionarios menores en Venezuela. Un funcionario venezolano de Inmigración me dijo que 5.000 colombianos habían recibido permisos fronterizos y tarjetas de turistas del cónsul venezolano en Maicao en los primeros nueve meses de 1971, y que un número muchas veces mayor había entrado probablemente al país ilegalmente. Añadió que antes de que se llamara la atención pública acerca del problema de los indocumentados, los consulados venezolanos habían extendido muchos más permisos a los colombianos. "Desde que las Fuerzas Armadas Venezolanas comenzaron a patrullar intensivamente la frontera en 1970, durante la crisis diplomática con Colombia —continuó— subieron bruscamente los precios que cobran los dedicados a la trata de blancas, por entregar prostitutas colombianas a los burdeles venezolanos".

Cariás publicó en "El Nacional" en 1969 que "mujeres colombianas, muchas menores de edad, son traídas de Puerto Santander y Villami-

zar a Encontrados y Santa Bárbara, cobrándoseles comisiones entre 200 y 400 bolívares a los dueños de casas de citas y prostíbulos que las contratan".

La razón que se esgrime con mayor frecuencia tanto para el tráfico de contrabando como para la migración de indocumentados hacia Venezuela es la diferencia cada vez más profunda entre el valor del peso colombiano y del bolívar venezolano. Con esta diferencia entre las dos monedas y entre los niveles de los dos países, una muchacha analfabeta de Colombia que trabaje ilegalmente como empleada doméstica en Caracas puede ganar tanto como un abogado en su ciudad natal y está en condiciones de sostener a su familia con sus ahorros.

"Nosotros tenemos conciencia de que es una cuestión de naturaleza económica la que provoca esta atracción, y que muchos colombianos contribuyen con su trabajo, su labor, su servicio y su esfuerzo a nuestro proceso de desarrollo; pero esto también significa un envío de divisas considerables a Colombia y que contribuye a equilibrar la balanza de pagos".⁹



ACTITUD DEL GOBIERNO VENEZOLANO

En los primeros años de la década de 1960, el Gobierno venezolano trató de legalizar la situación de muchos colombianos indocumentados que vivían en el país, proporcionándoles cédulas de identidad si podían probar que tenían hijos venezolanos o que habían vivido cierto número de años en el país. Bastaba, simplemente, con presentar una carta recibida en una dirección venezolana —lo cual podía falsificar fácilmente algún empleado amigo en Correos—, o un estado de cuentas de un Banco, o un certificado de salud que mostrasen su permanencia en el país antes de 1961. A causa de los muchos abusos cometidos al amparo de estas permisivas normas, los funcionarios comenzaron a registrar el número de cédulas otorgadas, creando una presión más alta por parte de los indocumentados para regularizar su situación de cualquier manera que fuese.

En Colombia se montaron cierto número de pequeños talleres para producir pasaportes y cédulas de identidad falsificadas, usando nombres y números de cédulas de venezolanos fallecidos. Un reportero de la Cadena Capriles escribió que uno de estos falsificadores en

Cúcuta le había dicho: "Nuestros agentes consiguen los nombres y los números de cédulas de los difuntos en las funerarias y en los registros civiles, y una vez que los usamos los borramos de nuestras listas. Nuestras cédulas tienen validez por cinco años, que es el tiempo normal que dura una cédula de identidad venezolana, y después las renovamos cuando nos las solicitan".¹⁰

Mientras numerosos pequeños funcionarios han encontrado que los asuntos de inmigración son una mina de oro, los funcionarios venezolanos superiores se han vuelto muy preocupados porque el gran flujo de colombianos indocumentados puede haber impedido notablemente la capacidad del Gobierno venezolano de ejercer la soberanía sobre su propio territorio. Aunque estos funcionarios menosprecian los reportajes sensacionalistas de la prensa, según los cuales muchos indocumentados son de hecho reservistas del ejército colombiano, sin embargo, reconocen como problema que expulsar cientos de miles de indocumentados provocaría serias convulsiones internas dentro de Venezuela y también otra confrontación con Colombia. En discusiones internas acerca de este asunto se han encontrado ciertas analogías entre los colombianos indocumentados y las presiones demográficas causadas por las migraciones de los salvadoreños en la vecina Guatemala y Honduras, que provocaron la breve guerra entre Salvador y Honduras en 1969 y con ello destrozaron el Mercado Común Centroamericano.

El campo venezolano, sin embargo, está tan despoblado, que las migraciones colombianas pudieran continuar por algún tiempo sin causar perturbación alguna, si no fuera por la molesta disputa sobre el Golfo de Venezuela.

Las migraciones recientes de colombianos a Venezuela deben ser miradas en el contexto de esta incertidumbre. Es principalmente en razón de esta fácil y no ganada prosperidad petrolera por lo que los indocumentados colombianos han encontrado su difícil, ilegal, pero desesperadamente buscado lugar en el más rico país subdesarrollado del hemisferio, en una sociedad que se ha vuelto hiperurbanizada y en una economía exclusivamente dependiente del empleo gubernamental y en un alto ingreso per cápita petrolero para mantener la nómina pública en la expansión actual (cuanto a personas empleadas) estimada en alrededor del 6% anual.

Hablando en términos económicos, el indocumentado es justamente otra mercancía barata entre las importadas por la extraordinaria capacidad de la economía venezolana para comprar productos extranjeros. Políticamente, el colombiano gana más influencia a medida que echa raíces en Venezuela; obtiene, o parece obtener, una semi-legalidad, se casa con una venezolana o engendra hijos venezolanos y juega un papel cada vez más creciente en la economía del país. Idealmente, las dos vecinas economías debieran transformar su concubinato en un matrimonio, una formal integración económica que abrazara los problemas así del Golfo como del indocumentado, y que proveería más racional y dinámico empleo a los inmensos recursos capitales de Venezuela en un mercado que podría ser ensanchado inmediatamente de once a treinta y tres millones de personas. ¿Logrará el Pacto Andino este objetivo?

NOTAS

- (1) Los artículos de Carias para "El Nacional" fueron reimprimos después en un libro, *Por los Caminos Verdes* (1969), de cuya pag. 41 está tomada esta cita.
- (2) Véase Chi-Yi-Chen, *Movimientos Migratorios en Venezuela*. Caracas, 1969, p. 51.
- (3) Attilio Villarmosa, *Los Indocumentados Colombianos*. Caracas, 1969, p. 6.
- (4) Paul Montgomery, "Illegal Aliens Pose Ever-Deepening Crisis". *The New York Times*. Oct. 17, 1971, p. 1.
- (5) "Crítica situación en Maracaibo", *El Nacional*, Caracas, 19 enero 1971, p. 1.
- (6) Véase *El Nacional*, 20 enero 1971, p. B-12; *Panorama*, Maracaibo, 20 enero 1971, p. 24.
- (7) Véase, por ejemplo, "Una Verdadera Invasión" en *El Mundo*, Caracas, febrero 18, 1970, p. 10. Reproducido de la revista de Capriles *Elite*. A fines de octubre de

- 1971, el senador Capriles obtuvo asilo diplomático en la embajada nicaragüense de Caracas —el embajador era su yerno—, después de que un tribunal militar ordenó su arresto por publicar lo que se declaró ser documentos secretos del Ministerio de Defensa en que se daba cuenta de movimientos de tropas colombianas que implicaban acciones hostiles contra Venezuela. Capriles reclamó que su inmunidad parlamentaria había sido violada, mientras el ministro venezolano de Relaciones Exteriores sostenía que Nicaragua nunca había ratificado el Tratado Interamericano de 1954 que proveía asilo en las embajadas. Sin embargo, a Capriles se le permitió salir del país.
- (8) Carias, supra, p. 49.
- (9) *El Nacional*, 29 enero 1971, p. D-1.
- (10) Véase Humberto Peñaranda, "Una verdadera invasión". *El Mundo*, Caracas, febrero 18, 1970, p. 10.